

do ser tratados, supuesto que tenemos miedo de entrar en compañía con él, y que aceptaríamos voluntariamente el partido de nunca verle, si pudiéramos vivir siempre con las criaturas que idolatramos. Por mas que digamos que la eternidad de las penas no parece compatible con la bondad de un Dios infinitamente bueno, la enormidad de nuestro pecado nos persuadirá de lo contrario, y conoce-remos que por lo mismo que Dios es bueno debemos padecer eternamente, porque estamos unidos y como convertidos en pecado, que es enemigo irreconciliable de la bondad de Dios. Por eso nos dirá: *Id, malditos, al fuego eterno.* Los caminos de Dios son incomprendibles, y mucho mas diferentes de nuestros pensamientos, que lo es el cielo de la tierra; de suerte que el hombre es absolutamente insensato cuando se atreve á sondear la justicia de Dios y á determinarla. Nosotros no tenemos sino miras sumamente limitadas, y seria preciso ser infinitos para comprender al que lo es. Las consecuencias de la muerte curan bien nuestras preocupaciones. Ellas nos harán conocer que todos los males de esta vida entran en los designios de Dios como medios de purificar á sus escogidos, y que ni las enfermedades, ni las desventuras, ni las guerras, ni los incendios, tienen nada de incompatible con la bondad de Dios.

Viérnes de la cuarta semana de Cuaresma.

Así este dia como el antecedente, quiere la Iglesia pintarnos una imagen de la vida nueva, ó resurreccion de nuestra alma, muerta por el pecado, y resucitada por la gracia de Jesucristo. Y así ha elegido para la Epístola de este dia la historia de la resurreccion corporal del hijo de la viuda de Sarepta; y para el Evangelio, el milagro que hizo el Salvador resucitando á Lázaro. El troito tiene alguna relacion y conformidad con ambos asuntos: *Señor, mi corazon medita sin cesar vuestra ley en vuestra presencia. Vos seréis siempre mi ayuda y mi apoyo, así como sois mi Redentor. Los cielos publican la gloria de Dios, y exponiendo á nuestros ojos las maravillas que contienen, nos enseñan quién es el que los ha formado.* Este se tomó del Salmo XVIII. Aquí la expresion del Profeta es singular; pero no es ménos instructiva, porque no es el corazon quien reflexiona y medita, sino el espíritu; sin embargo, el Profeta dice que su corazon medita la ley del Señor, para darnos á

entender que su meditacion no es puramente especulativa, sino tambien práctica, sin lo cual nada mas inútil ni mas estéril que la meditacion. Se debe meditar la ley de Dios para amarla, para observarla con puntualidad, despues de haber reconocido en la meditacion su santidad, su utilidad y su excelencia. Esta exacta observancia es la que nos hace perfectamente dichosos.

La Epístola es del capítulo XVII del tercer libro de los Reyes. Habiendo ido Elías á Sarepta de orden de Dios, á tiempo que una horrible hambre desolaba todo el pais, multiplicó milagrosamente un puñado de harina y un poco de aceite; de suerte que una buena muger que lo hospedaba en su casa, tuvo con ello bastante para mantenerse á sí, á sus hijos y tambien al Profeta, todo el tiempo que duró la sequedad. Mas un hijo tierno de la viuda enfermó tan gravemente, que murió del mal. La madre desconsolada vino á arrojarse á los piés del Profeta, que por dicha suya se hallaba en su casa; y penetrada del mas vivo dolor, le dijo: ¿No me has conservado la vida, varon de Dios, sino para darme el desconsuelo de ver morir á mi hijo, que era todo mi consuelo? ¿No has venido á mi casa, sino para acordarme mis iniquidades y castigármelas? Elías se movió á compasion de su desgracia, y le dijo que le diera el cadáver de su hijo. Habiéndoselo entregado, lo tomó el Profeta y lo llevó al cuarto donde se hospedaba: lo puso sobre su cama, y levantando su voz al Señor, le hizo esta corta, pero fervorosa deprecacion: Señor Dios mio, ¿por qué esta buena viuda que me hace la caridad de mantenerme lo mas bien que puede, por qué ha de tener el disgusto de ver muerto á su hijo? Dicho esto, se puso sobre el niño tres veces, acomodando su cuerpo al cuerpo del niño, no dejando de suplicar al Señor que le volviera la vida, volviendo á hacer entrar su alma en su cuerpo.

El Señor oyó al punto la oracion del Profeta, y le volvió al niño la vida. Tomóle Elías en sus brazos, y se lo entregó á la madre, la cual transportada de gozo le dijo: Ahora conozco á vista de esta accion, que eres verdaderamente un varon de Dios, y que el Espíritu del Señor habla por tu boca. La proteccion de las gentes de bien es siempre de un gran socorro en los accidentes mas adversos de la vida. Pero si Dios hace tanto caso de las oraciones de los santos cuando están todavía sobre la tierra, que por sus ruegos hace los mayores milagros, dicen los Padres, ¿qué poder no tendrán con Dios cuando están en el cielo, donde su caridad los hace mas

sensibles á nuestras necesidades? ¿Y qué socorros, que ventajas no se conseguirán por su intercesion y sus ruegos? El motivo de favorecer Dios á sus siervos con el don de milagros, es para hacerlos mas respetables, para que su zelo sea mas eficaz, y para que se les oiga con mas docilidad.

El misterio de esta accion de Elías es igual á la de Eliseo, representándose en ambos dos la Encarnacion del Verbo, que pareció encogerse, dicen los Padrés, bajarse y acomodarse en algun modo á nuestra naturaleza, revistiéndose de nuestra carne, y tomando sobre sí nuestras enfermedades para darnos la vida. Hay pocas figuras y símbolos en el Antiguo Testamento, que signifiquen de un modo mas expreso la union del Verbo á la naturaleza humana en el misterio de la Encarnacion.

El Evangelio nos refiere la historia de la maravillosa resurreccion de Lázaro. Aun no habia salido el Salvador de Galilea, cuando le llegó la nueva de la enfermedad de un hombre á quien amaba mucho, llamado Lázaro, hermano de Marta y Maria, el cual vivia con ellas en la aldea de Betania, en donde el Salvador se habia hospedado muchas veces en su casa. Luego que se advirtió ser de riesgo la enfermedad, las dos hermanas enviaron un propio á Jesus, con estas dos palabras: Señor, mira que el que amas está enfermo. Ninguna cosa mas sencilla ni mas modesta que esta oracion. Dios no pide ni sutilezas ni elocuencia, ni cumplimientos: una humilde esposicion de nuestras necesidades, un sentimiento de amor vivo, una entera confianza bastan para su Magestad. Habiendo recibido la noticia, respondió al enviado, que de aquella enfermedad no moriria Lázaro, sino para servir á la gloria de Dios, pues daria ocasion á su Magestad misma para probar su divinidad con un estupendo milagro. Jesus sabe la extremidad en que está Lázaro, lo ama, y difiere no obstante dos dias enteros el ir á socorrerlo. Algunas veces parece estar sordo Dios á nuestros votos, y que se olvida de los males que padecemos. No desconfiemos por esto de su amor, sabe el tiempo en que conviene socorrerlos, y si difiere el hacerlo, es para darnos pruebas mas sensibles de su bondad. Deja morir á Lázaro, dice San Crisóstomo, y no llega á Betania hasta cuatro dias despues de estar enterrado, para que de este modo fuese mas incontestable el milagro.

Pasados dos dias, dijo el Señor á sus discipulos: Volvamos otra vez á Judea. Esta resolución los sorprendió; y diciéndole ellos:

Maestro, no ha mas que un mes que los de Judea te querian apedrear en el templo, ¿y quieres volver allá? ¿Por ventura el dia, les respondió el Salvador, no tiene doce horas? ¿Qué hay que temer cuando se camina de dia? ¿Se ha de aguardar á la noche para trabajar ó caminar? El Salvador compara aquí la vida al dia y la muerte á la noche, mostrándoles en esto, que mientras él viviera en este mundo, no le faltaria la luz, y que así no temia á la malicia de sus enemigos, los cuales bien podrian armarle lazos para sorprenderlo; pero no podrian quitarle la vida hasta que hubiese llegado el tiempo determinado por Dios; y que entónces él mismo se les entregaria y se pondria en sus manos. Despues de esto añadió: Lázaro nuestro amigo duerme, y voy á despertarlo de su sueño. Era claro que el Salvador hablaba de un modo figurado llamando sueño á la muerte; porque ¿qué apariencia hay que Jesus hubiese querido emprender un viage de dos ó tres jornadas, para ir á despertar á un hombre que dormia? Sin embargo, los Apóstoles fueron tan simples, que creyeron que su Divino Maestro solo hablaba del sueño ordinario, lo que obligó al Salvador á decirles claramente: Lázaro es muerto, y gózome de no haberme encontrado allí, porque el milagro que voy á hacer resucitándolo, vá á hacer mas pura y mas firme la fé que teneis en mí. A estas palabras fueron asaltados los Apóstoles de un gran temor, y quedaron como mudos; solo Tomás, viendo que el Salvador estaba determinado á partir y llevar consigo á los que tuviesen aliento para seguirle, dijo á sus compañeros: Vamos tambien nosotros, y si es menester muramos con él.

Llegando el Hijo de Dios á Betania, halló que Lázaro estaba muerto, y enterrado cuatro dias habia. Muchas personas de los alrededores habian venido á ver á Marta y Maria para consolarlas. Pero solo Jesucristo puede enjugar las lágrimas, solo él puede consolar á los afligidos; y así Marta deja bien presto á aquellos con quienes estaba, luego que tiene noticia de su llegada. Señor, le dice, llegándose á él, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano. Parece dice San Crisóstomo, que su fé era todavia un poco flaca; pues creía era necesaria la presencia del Salvador para impedir el que su hermano muriera. Sin embargo, no dejaba de tener una gran confianza en su bondad y en su poder, diciéndole: Yo sé que Dios te dará cuanto le pidas, aunque sea la resurreccion de mi hermano. Está cierta, la respondió Jesus, que tu hermano resucitará. No dudo, replicó Marta, que resucitará con todos los

otros en la resurreccion general que se hará el último dia. ¿Pero quién lo resucitará, la dijo Jesus, sino yo que soy resurreccion y vida? ¿Y por qué no podré resucitarlo hoy, como lo resucitaré entónces? Este es el sentido que dá San Agustin á la respuesta que dió el Salvador á Marta. De este modo instruye Jesucristo y afirma la fé de Marta, y la lleva como por grados á confesar, como lo hizo: *Que era Cristo Hijo de Dios vivo, que habia venido á este mundo.*

Viendo Marta que no parecia su hermana, creyó que ignoraba la llegada del Salvador; y así corrió á su casa, y la dijo en voz baja: El Maestro esta aquí, y te llama. Lo mismo fue oír María que habia llegado su Maestro, que venir á arrojarse á sus piés, regárselos con sus lágrimas, y decirle: ¡Ah Señor, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano! Los lloros de María y los de todo el concurso enternecieron el corazon compasivo del Salvador, en el que se advirtió una emocion y una mudanza extraña, haciéndonos ver en esto la parte que toma en las aficciones de los que ama. Pregunta el Señor dónde lo enterraron. Ven, Señor, le dijeron, y le verás. Entónces á Jesus se le arrasan los ojos en lágrimas. Lo que hizo decir á los judíos: Mirad como lo amaba. ¿Pero si lo amaba tan tiernamente, decian otros, por qué como dió vista al ciego de nacimiento, no preservó á su amigo de la muerte? Por último, llegando el Salvador al sepulcro no pudo ménos de prorumpir en nuevos sollozos y suspiros, no por la muerte de Lázaro, sino mas bien, segun parece, por la muerte eterna de tantos pecadores, de quienes Lázaro era figura. Manda el Salvador que quiten la piedra que cerraba el sepulcro, y Marta le dice: Señor, ya hiede mal el cuerpo, por haber cuatro dias que está enterrado. Entónces Jesus le replicó, diciendo: No temas; no te he dicho ya que si crees, verás glorificado á Dios por el mas estupendo milagro? Despues de quitada la piedra levanta el Señor los ojos al cielo, y dirigiéndose á su Eterno Padre le habla, dice San Crisóstomo, no como quien le supplica, sino dándole gracias, para mostrar que no es como los otros santos y Profetas, que tienen necesidad de emplear sus ruegos para obrar cosas prodigiosas, sino que las hace por su propio poder. No lo hace así, añade el Santo, sino para que sepa el mundo que obra en el nombre y por la virtud de su Padre, y que por consiguiente es el Mesías enviado de Dios. En esto prueba su unidad de voluntad y de poder con Dios Padre; y si habla como hombre y como inferior á su Padre en esta calidad, mezcla siempre al-

gunos rasgos que manifiestan su igualdad. Despues, levantando Jesucristo la voz, y con gran imperio dice: *Lázaro, sal afuera.* A estas palabras resucita el muerto, se levanta vivo y sano, y atado como estaba sale de su sepulcro; lo que no pudo ser, dice San Crisóstomo, sino un nuevo milagro. Mandó Jesus que desataran al resucitado y lo dejasen ir. A estas señales, no pudieron los judíos que se hallaban presentes dejar de reconocer el poder del Señor, y convertirse muchos. Pero entre los pontífices, escribas y fariseos, no hubo uno que no se enfureciese mas contra el Salvador: porque cuando el espíritu y el corazon están corrompidos; cuando el error es voluntario, los milagros dan golpe, y tal vez llegan á convencer; mas no convierten.

Si Lázaro muerto y enterrado es figura del pecador muerto por el pecado, la resurreccion de Lázaro y su salida del sepulcro son figura de la conversión que obra la gracia en el pecador. Un cristiano convertido y resucitado á la gracia, debe dar pruebas públicas de que lo está, á Dios y al mundo, al justo y al libertino. El pecador penitente debe glorificar á Dios, que es el Autor de su nueva vida, edificar al mundo que fué testigo de sus escándalos, consolar al justo que gemió al ver sus desórdenes, y confundir con una vida ejemplar al libertino que queria hacer sospechosa su conversión.

La Epistola es del capítulo XVII del Libro III de los Reyes.

En aquellos dias: Cayó enfermo el hijo de una muger, madre de familia, y la enfermedad era mortal; de suerte que quedó sin respiracion ninguna. Por lo cual dijo á Elias: ¿Qué te he hecho yo, ó varon de Dios? ¿Has entrado en mi casa para renovar la memoria de mis pecados, y hacer morir á mi hijo? Respondióle Elias: Dame tu hijo; y tomándole en su regazo, llevóle al aposento donde estaba hospedado, y púsole sobre su cama; y clamó al Señor, diciendo: ¡O Señor Dios mio! ¿Aun á esta viuda que me sustenta del modo que puede la has afligido quitando la vida á su hijo? Despues de esto se tendió, y encogiéndose sobre el niño por tres veces, clamó al Señor, diciendo: ¡Señor Dios mio! Rútegote que vuelva el alma de este niño á sus entrañas. Oyó el Señor la supplica de Elias; y volvió el alma del niño á entrar en él, y resucitó. Entónces Elias tomó el niño, y bajóle de su aposento al cuarto bajo

de la casa, y entregóselo á su madre, diciendole: Aquí tienes vivo á tu hijo. Y dijo la muger á Elías: Ahora acabo de reconocer en esto que tú eres un varon de Dios, y que verdaderamente la palabra de Dios está en tu boca.

El Evangelio es del capítulo XI de S. Juan.

En aquel tiempo: Estaba enfermo un hombre llamado Lázaro, vecino de Betania, patria de María y de Marta sus hermanas. (Esta María es aquella misma que ungió con bálsamo al Señor, y le enjugó los piés con sus cabellos, de la cual era hermano el Lázaro que estaba enfermo.) Las hermanas, pues, enviaron á decirle: Señor, mira que aquel que tú amas está enfermo. Oyendo Jesus el recado, las respondió: Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira que por ella el Hijo de Dios sea glorificado. Jesus amaba á Marta, á su hermana María y á Lázaro. Y como oyó que este estaba enfermo, se detuvo aun dos dias mas en el mismo lugar. Despues de pasados estos, dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á la Judea. Dícenle sus discípulos: Maestro, hace poco que los judíos querian apedrearle, y ¿quieres volver allá otra vez? Jesus les respondió: ¿Pues no son doce las horas del dia? El que anda de dia no tropieza, porque ve la luz de este mundo. Al contrario, quien anda de noche tropieza, porque no tiene luz: Así dijo; y añadióles despues: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas yo voy á despertarle del sueño. A lo que dijeron sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Mas Jesus habia hablado *del sueño* de la muerte, y ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entónces les dijo Jesus claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, á fin de que creais. Pero vamos á él. Entónces Tomas, por otro nombre, Didimo, dijo á sus condiscípulos: Vamos tambien nosotros y muramos con él. Llegó, pues, Jesus, y halló que hacia ya cuatro dias que Lázaro estaba sepultado. Distaba Betania de Jerusalem como unos quinientos estadios. Y habiendo ido muchos de los judíos á consolar á Marta y á María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesus venia, le salió á recibir, y María se quedó en casa. Dijo, pues, Marta á Jesus: Señor, si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano: bien que estoy persuadida que ahora mismo te concederá Dios cualquiera cosa que le pidieréis: Dícete Jesus:

Tu hermano resucitará. Respondióle Marta: Bien sé que resucitará en la resurreccion en el último dia. Dijole Jesus: Yo soy la resurreccion y la vida. Quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Respondióle: O Señor, si que lo creo, y que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido á este mundo. Dicho esto, fué, y llamó secretamente á María su hermana, diciéndole: Está aquí el Maestro, y te llama. Apenas ella oyó esto, se levantó apresuradamente y fué á encontrarle. Porque Jesus no habia entrado todavía en la aldea; sino que aun estaba en aquel mismo sitio en que Marta le habia salido á recibir. Por eso los judíos que estaban con María en la casa, y la consolaban, viéndola levantarse de repente y salir á fuera, la siguieron, diciendo: Está va al sepulcro para llorar allí. María, pues, habiendo llegado adonde estaba Jesus, viéndole, postrose á sus piés, y dijo: Señor, si hubiésemos estado aquí, no habria muerto mi hermano. Jesus al verla llorar, y llorar tambien los judíos que habian venido con ella, estremeciése en su alma y conturbóse á sí mismo, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Ven, Señor, le dijeron, y lo verás. Entónces á Jesus se le arrasaron los ojos en lágrimas. En vista de lo cual dijeron los judíos: Mirad como le amaba. Mas algunos de ellos dijeron: Pues este que abrió los de un ciego de nacimiento, ¿no podia hacer que Lázaro no muriese? Finalmente, prorumpiendo Jesus en nuevos sollozos que le salian del corazon, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una *gran* piedra. Quitad la piedra, dijo Jesus. Marta, hermana del difunto, le respondió: Señor, ya hiede, pues hace cuatro dias que está allí. Dijola Jesus: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra; y Jesus levantando los ojos al cielo, dijo: ¡O Padre! gracias te doy porque me has oido. Bien es verdad que yo ya sabia que siempre me oyes; mas lo he dicho por razon de este pueblo que está al rededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me has enviado. Dicho esto, gritó con voz muy alta: Lázaro, sal afuera. Y al instante el que habia muerto salió fuera, ligado de piés y manos con fajas, y cubierto el rostro con un sudario. Entónces Jesus les dijo: Desatadle y dejadle ir: Con eso muchos de los judíos que habian venido á visitar á María y á Marta, y vieron lo que Jesus hizo, creyeron en él.

MEDITACION.

Sobre las dificultades de la conversion en un pecador inveterado.

Considera que es tanto mas difícil (no imposible) la conversion del pecador, quanto mas se ha avanzado en el camino de la iniquidad. El mismo Salvador y Maestro nuestro nos hace ver esta diferencia entre uno y otro grado con el ejemplo de los tres muertos resucitados por su Magestad, de que habla el Evangelio santo. El primer caso es de una niña acabada de morir: el segundo es de un mancebo que ya llevaba de muerto aquel espacio que era suficiente para disponer su sepultura, á la cual en efecto se le iba conduciendo en el féretro: el tercero es el de Lázaro, hombre ya hecho, muerto de cuatro dias, amortajado y sepultado ya bajo la losa fúnebre. De la primera, que realmente acababa de morir, dijo Jesucristo: no ha muerto, solo duerme; y cuando se llegó á resucitarla no mudó su suavidad ordinaria: hizo salir á los que lloraban y lamentaban esta muerte: se acercó á la cama de la difunta, y tomándole la mano, le dijo con dulzura: Niña, levántate; y al momento resucitó. Para la resurreccion del segundo hubo ya otras circunstancias: la madre desconsolada llora; síguela gran número de gente: Jesus se enternece; llégase al féretro, lo toca con la mano; los que lo conducen se paran; y el Señor, elevando la voz, le dice con imperio: Mancebo, yo te lo mando; levántate. Finalmente, en la resurreccion de Lázaro, hay circunstancias espantosas: Jesucristo viene de léjos y encuentra á su amigo muerto y sepultado: las hermanas le salen al camino, lloran y se lamentan de su ausencia: los dolientes, conmovidos y sobresaltados, están en espectacion del suceso, y notan la conmocion del Salvador; Jesucristo llora, se estremece en su espíritu, esto es, se conturba y gime profundamente: pregunta dónde le han puesto, y se dirige al sitio funesto; manda quitar la lápida del sepulcro, el cual era una gruta; se dirige á su Padre celestial, le da gracias porque lo ha oído, y dando una gran voz, llama á Lázaro, diciendo con imperio: Lázaro, sal afuera. Sale al momento Lázaro resucitado, ligado de piés y manos con las fajas, y cubierto el rostro con el sudario. Ahora bien, la diversidad de circunstancias, y el mayor grado de unas respecto de otras, nos está haciendo ver con la mayor evidencia las dificultades de mas y mas tamaño que hay en la resurreccion espiritual de unos y de otros pecadores á la vida de la gra-

cia, por el estado mas y mas avanzado en la culpa y costumbre de pecar: la hija de Jairo acaba de morir: al hijo de la viuda se le conduce ya al sepulcro: Lázaro está enterrado y comienza á podrirse. ¡Qué mucho, á vista de estas diferencias, que Jesucristo muestra diversas afecciones en su espíritu; y que aunque para su Magestad sea tan fácil resucitar al uno como al otro, nos haga ver con aquellas demostraciones la mayor dificultad que presenta la resurreccion espiritual en el pecador reincidente ó inveterado en la culpa. ¡Ah! ¡Temblemos á vista de una verdad que nos enseña la fé y nos convence la razon!

Considera que como se ha insinuado, á mas de la autoridad, persuade la razon la dificultad de convertirse que hay en el pecador inveterado. Una alma que felizmente se ha habituado á vivir en gracia de Dios, en su amor, en su virtud, cuando por desgracia cae en un pecado grave, tiene muchos auxilios para levantarse de su culpa, y levantarse con verdad y con presteza: el arrepentimiento de su caída sucede á esta casi en el instante siguiente de haberla cometido, y su remordimiento no deja de agitarlo hasta que logra usar del sacramento de su salud para justificarse: el amor que ha tenido á la virtud hace que suspire por ella y le estimule á reparar su caída con mayor fervor y doblada precaucion; á que se agrega que los hábitos virtuosos y santas costumbres en que ha vivido, le facilitan la perseverancia en el bien. Pero todo esto falta, ó casi todo en el pecador reincidente ó inveterado en la culpa: recae en el pecado, y en vez de arrepentirse se complace de haberlo cometido: los remordimientos de su conciencia, ó no los siente ya, ó lo agitan poco. La virtud ha perdido para él todo su atractivo: habituado á vivir en el pecado, el vicio se ha hecho en él como una segunda naturaleza. ¡Qué pues podrá arrancarle de tan funesto estado? Llórale su madre la Iglesia, llóranlo sus hermanas las almas justas, que quisieran á costa de todo lo visible volverlo á la vida de la gracia; pero él, yerto, insensible, sin accion, sin movimiento, no sabe mas que caminar en hombros de sus pasiones á la tumba de la impenitencia, ó hundirse en el sepulcro para no aparecer á la luz del dia, ni ser calentado con los rayos del sol. ¡Ah, que es menester que todo un Dios se compadezca de él, que le salga al encuentro, ó le busque bajo la losa fria, y al imperio de una gracia efficacísima lo restituya á una vida, á que había dicho un *adios* para siempre! ¡Mas cómo cuenta el hombre insensato con un auxilio de estos, que apenas lo.

gra entre millares uno? ¡Y cómo cree que corresponderá á este auxilio, cuando la experiencia lo enseña que ha resistido ó malogrado todos los que ha tenido ántes de llegar á tan fatal estado?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Verdaderamente me confundo, Señor, en vuestra soberana presencia, cuando contemplo que yo soy uno de los que mas han abusado de vuestros auxilios, de los que mas han malogrado vuestra gracia; de los que mas, en fin, se han dado al vicio y costumbre perversa de pecar. No soy ya aquella niña que aunque verdaderamente muerta, dijisteis que dormia, por la facilidad que tenia de resucitar, como quien despierta del sueño á la vigilia: soy un Lázaro sepultado y podrido en el sepulcro; pero vos sois Jesus, sois mi Jesus, sois mi Salvador; y mi confianza se alienta á esperar de vos un milagro como el que obrasteis con aquel vuestro amigo: *Aun es tiempo, Señor; yo me arrepiento de todo corazón y os protesto la enmienda de mi vida, que espero santifiquéis con vuestra gracia.*

JACULATORIA.

Doleos de mí, Señor, según la grandeza de vuestra misericordia.

LECCION.

Sobre el terror que debe causarnos la muerte.

Todos seremos prontamente enterrados y podridos, y nuestras almas juzgadas; terribles reflexiones que excitan en todo hombre cristiano una espantosa revolucion. De cualquier modo que pensemos, el morir será siempre una cosa verdaderamente terrible; porque ó impiamente se cree que todo se acaba con nosotros, y entónces esta sola idea de nuestra aniquilacion repugna absolutamente á nuestro ser, ó si cristiana y sábiamente admitimos otra vida, ¡qué espanto no ha de causarnos nuestra conducta! Santos que se han familiarizado con la muerte, pues que nunca la apartaban de su memoria, la llaman el terror de los hijos de Adán. Jesucristo mismo tembló y se turbó al llegar al sepulcro de su amigo Lázaro: no hay hombre que pueda mirar á sangre fria la muerte y sus consecuencias, sin sentir en sí alguna revolucion.

La extravagancia de las personas que se matan, no antecia sino

gentes frenéticas ó desesperadas, cuyo ejemplo por consiguiente no es cordura ni prudencia imitar. En efecto, no es creible que ninguno consienta voluntariamente en darse muerte: eato es insultar á la eternidad estando en todo su juicio y razon. Supongamos que no hubiera sino incertidumbres sobre la eternidad: seto solo seria bastante para estremecernos, supuesto que toda incertidumbre jamas puede ser demostracion; la que es necesario tener para tranquilizarse. Es preciso ser verdaderamente fatnos para atreverse á elogiar la falta ó pretendida fuerza de espíritu de esas personas temerarias que se crean han muerto como filósofos y como héroes, porque han desafiado al mismo Dios y han perdido su eterna felicidad. ¡Qué lamentable desgracia ver morir á algunos sin esperanza, sin temor y sin Dios! ¡Qué afrentosa extravagancia despojarse de todos los sentimientos de la religion en aquellos instantes en que es mas necesaria que nunca! Toda la humanidad se resiente con tal error.

El mas pequeño gusanillo defendiendo su existencia contra una multitud de enemigos, nos enseña lo temible que es morir. No hay espectáculo mas formidable que un hombre agonizando: sus cabellos se erizan, sus miembros se estremecen, los ojos se estravian, las fauces se desencajan, todo su cuerpo se comprime, la respiracion se agita y el alma se derrama en sollozos y suspiros: parece que toda la naturaleza se deshace. Solo con angustias, sudores, gritos y convulsiones se separa de nosotros la materia que nos rodea y que tan estrechamente nos está unida. Se hace una dislocacion de todos nuestros miembros, y cada gota de sangre dispuesta para suspender su curso para siempre, no se hiela y condensa, sino causando sacudimientos terribles en todas nuestras fibras y músculos.

Pero pasemos á considerar el dolor que naturalmente hemos de sentir al perder nuestro cuerpo: este cuerpo que ahora es todas nuestras delicias. La vista de un sepulcro que está abierto para recibirnos, de unos gusanos para devorarnos, y de la corrupcion que ha de consumirnos, todo forma un espectáculo que falta valor para mirarlo. ¿No es una cosa verdaderamente espantosa pensar que estos brazos que sostienen este libro, que estos dedos que voltean sus hojas serán osamentas áridas, y esparcidas aquí y allí, y el objeto del susto y pánico de los hombres? Cuando se piensa que ha de llegar el dia en que hemos de ser motivo de horror para nuestros mas íntimos amigos: que nos han de encerrar en un triste cajón: que nos han de arrojarse de nuestra propia casa, y que nos han de llevar

públicamente por las calles como un monton de asco y putrefaccion, que hemos de ir á confundirnos con aquella multitud de muertos que se consumen en las entrañas de la tierra y cuya idea excita nuestro espanto, se estremece el mas fuerte, tiembla y arroja de sí estos pensamientos verdaderamente abrumadores. Esta es la razon porque involuntariamente nunca dejamos de arrojar un grande grito al menor accidente que de improviso nos amenaza; parece que prevenimos entónces todos los horrores que han de cercarnos á la hora de la muerte.

La muerte es consecuencia del pecado: luego necesariamente ha de ser espantosa: ella es un castigo terrible de nuestra soberbia. Los reyes mismos, arrancados de todas las delicias de su corte, de todas las pompas de su vanidad, despojados de todas sus guardias y cortesanos por la muerte, no ocupan ya mas lugar que siete ú ocho piés de tierra, y allí se trasforman en un monton de hediondez y osamenta que pisamos, y cuyo aspecto no podemos sufrir. Figúremonos que se abren repentinamente los sepulcros de los grandes que figuraban de cincuenta años á esta parte: ¡qué sobresalto y desmayo no debe causarnos la vista de aquellos cráneos ó calaveras descarnadas, donde se aglomeraron tantos proyectos de fortuna y ambicion; sin duda, diriamos, que este ha de ser nuestro destino. Hombres soberbios, ved aquí vuestra imágen, y avergonzaos del necio orgullo que os engranece. *El hombre, al fin, pierde hasta el nombre de cadáver, se disipa en polvo y en humo.*

Si nos dedicásemos á olvidar al hombre fingido, adornado de piedras preciosas y diamantes, galoneado de todas las vanidades del mundo para ver al hombre tal cual es, susceptible de todas las miserias, como el polvo y la putrefaccion, nosotros tendríamos asco y horror de nosotros mismos, y una verdadera repugnancia á estar en compañía con una carne tan frágil y expuesta á tantos accidentes: no veriamos en la muger mas hermosa sino un saco de polvo pronto á desvanecerse con el menor viento, y mirariamos un atadé como un límite dispuesto por el mismo Omnipotente para detener las impetuosas olas de nuestras pasiones y confundir el inmenso mar de nuestra soberbia. Esta es la razon porque aquella sentencia de: *Eres polvo, y has de volver á ser polvo*, es terrible para todos los hombres; y porque la ceniza era un objeto de terror para los antiguos, capaz de humillarlos y confundirlos.

Pasemos ahora á contemplar el alma y véamosla como se lamen-

ta de la separacion universal que se experimenta ordinariamente á la hora de la muerte. Separacion de bienes: el alma se queda con su simple pensamiento, y el cuerpo descendi despojado de todo su esplendor á una triste fosa. Separacion de honores: el alma no tiene sino nombre de cristiana é inmortal. Separacion de amigos: el alma no tiene mas que á ella y á sus obras. Separacion del mundo: ya la perspectiva de la tierra y de los cielos ha desaparecido. ¡Quién será capaz de ver una separacion ó privacion tan absoluta, sin asustarse? Qué terrible imágen la de una alma absolutamente sola en el tribunal de Dios vivo, cuya vista infinitamente mas sentellante que los relámpagos, verá hasta la mas imperceptible mancha! Allí nos encontraremos con la Eterna verdad que todo lo sabe, que nada disculpa y que ejercerá sus justicias juzgando á las nuestras: la causa que se ha de ventilar es la de la criatura delante del Criador.

Ademas, la sola idea de que una mala muerte es un mal absolutamente irremediable, debe aterrarnos. No pudiendo ya crecer y muriendo enemigos de Dios, quedaremos para siempre en esta desgraciadísima situacion. *El árbol se queda allí donde cae.* Dios cuya palabra no puede faltar: Dios, verdad infalible, no nos juzgará sino segun su ley. Entónces nuestra alma temblará, se asombrará, se aterrará. El pecador se revolverá en sus propios horrores y renacerá continuamente para padecer. Todos los conocimientos se adquieren con las luces ajenas; pero el de la muerte solo muriendo uno mismo. Se dice comunmente que para todo hay remedio, ménos para la muerte, y así es. Ni las lágrimas, ni los sollozos, ni los ruegos, ni el crédito, ni las riquezas, ni la ciencia, ni todos los esfuerzos del espíritu humano pueden restituirnos la vida. La Magestad solo del Eterno se anuncia á juzgar al flaco y débil mortal: ¡catástrofe espantosa! ¡Terrorres formidables!

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Sábado de la cuarta semana de Cuaresma.—Predicando Jesus en el templo, decia: Yo he venido para que mis ovejas tengan vida.—*San Juan, cap. X.*

Domingo de Pasion.—Predicando Jesus en el templo, decia á las turbas: Si alguno guardare mi doctrina, no morirá jamas.—*San Juan, cap. VIII.*

Lunes de Pasion.—El Profeta Jonas predica á los habitantes de la ciudad de Nínive, que si no hacian penitencia, despues de cuarenta dias serian destruidos.—*Jonas, cap. III.*

Martes de Pasion.—El Profeta Daniel, echado en el lago de los leones por los babilonios, es alimentado con comida llevada por el Profeta Habacuc, trasportado á aquel parage por un ángel.—*Daniel, cap. XIV.*

Sábado de la cuarta semana de Cuaresma.

Como los quince días que faltan hasta la pascua los mira la Iglesia como una fiesta continua de la pasión del Salvador, á este Sábado lo mira como á la vigilia de esta fiesta. El introito, la Epístola, el Evangelio, todo el oficio de la misa de este día es una continua alegoría de este misterio, y una especie de preparación, que encierra los motivos de mayor consuelo de esta augusta solemnidad. La misa empieza por estas tiernas palabras del profeta Isaías: Todos los que tenéis sed, venid á la fuente de aquella agua viva que salta hasta la vida eterna, dice el Señor. El profeta convida á todos los pueblos de la tierra á la fé de Jesucristo, que es solo la fuente de agua viva. Solo este divino manantial puede apagar nuestra sed; todo lo demas solo puede aumentarla. En la pasión de Jesucristo fué propiamente donde esta fuente corrió, por decirlo así, por otras tantas canales como llagas tuvo su divino cuerpo; y esta abundante fuente no cesará jamas de correr. Aunque esta agua es sumamente preciosa, sin embargo se os da de balde. Los que no tenéis dinero no desmayéis, bástaos tener sed: venid, bebed con alegría, y quedaréis satisfechos. Todo esto alude á la pasión del Salvador que derramó su sangre por la salvacion de todos los hombres, sin que por un tan insignie beneficio nos pida otra cosa que nuestro amor.

La Epístola es del pasaje de la profecía de Isaías, donde Dios dice á su Hijo, á quien envió á la tierra para salvar al linage humano, que lo ha oído, y le ha concedido la salvacion de los hombres, y que le ha asistido en el tiempo destinado por él mismo para esta grande obra; que lo ha establecido por reconciliador del pueblo, por reparador de la tierra, para que rompa las cadenas de los encarcelados, para que alumbré á los que están en tinieblas. Te he enviado para que hagas una alianza con mi pueblo, de la cual la primera no era sino una débil figura; y por medio de esta alianza harás mudar de semblante á toda la tierra, y formarás un pueblo del todo nuevo. Estas herencias disipadas no solo son el pueblo judaico, sino tambien todas las naciones del mundo que Jeancristo redimió con su sangre, y que componen toda su herencia. Esta herencia le ha sido quitada por el demonio, y habia sido disipada por la corrupcion de las costumbres y por la idolatría. El Salvador vino á recogerla congregando en su Iglesia al judío y al gentil. Te he enviado pa-

ra que dijeras á los que estaban atados con las cadenas del pecado: *Salid ya de esa esclavitud.* Se puede entender esto del pueblo judaico, que vivia en el desorden y bajo la esclavitud de la ley. Salid de esa dura esclavitud, y entrad en la dulce libertad de los hijos de Dios. Para que dijeras á los que estaban poseidos de una profunda ignorancia del verdadero Dios, y en las negras tinieblas de la idolatría: *Abrid los ojos y ved la luz.* Solo el Salvador es la verdadera luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Pastarán en los caminos, y todas las ilanuras les servirán de pastos. Ninguna cosa representa mejor la dichosa condicion de la nueva alianza de este pueblo nuevo, del pueblo cristiano, de la Iglesia, que la pintura que de él hace aquí Dios por su profeta. Libres de la cautividad del demonio por la muerte del Salvador, ilustrados con las luces de la fé, no temais morir de hambre en el desierto y en el penoso viage de esta vida; así en el plano como entre las rocas y sobre el monte, hallaréis siempre un pasto abundante. La doctrina de Jesucristo, sus Sacramentos, su Evangelio, su ayuda y su gracia harán que no os falte nada. Esta vida es una peregrinacion, la tierra es un desierto, el cielo es nuestra amada patria: es necesario caminar por un horroroso desierto ántes de llegar á la tierra de promision: hay bastante camino que andar desde Babilonia hasta la celestial Jerusalem; pero no temais; el Salvador conoce vuestras necesidades, no ignora los peligros, sabe lo que es necesario para conservar la vida, él os proveerá de todo. No tendrán hambre ni sed, ni el calor del sol los incomodará, porque el que se compacece de ellos los guiará y llevará á beber á las fuentes de las aguas. ¿Quién no ve en esta alegórica y profética pintura la imagen del cristianismo? ¿Qué multitud de socorros espirituales! ¿Qué abundancia de bienes en la Iglesia! Por mas sedientos y abrasados que os sintais por la fatiga del camino, por el ardor de las pasiones, por los combates que es preciso sostener durante esta vida, á toda hora hallareis esta fuente de agua viva que no cesa de correr, y que se bebe sin trabajo. Dice en otra parte el mismo profeta: *Sacareis y bebereis con alegría las aguas de las fuentes del Salvador.* En lugar de aquellas aguas que vuestros padres bebieron en el desierto, cuando Moises hirió la piedra de que hizo salir una fuente, vosotros bebereis las aguas del Salvador. El mismo Jesucristo nos dice que si alguno tiene sed, vaya á él y beba, y que el que bebiere de la agua que este Señor le diere, no tendrá jamas sed. Mis montes, prosigue el Sa-

fior por su profeta, se convertirán en caminos llanos, y llenaré los valles para hacer un camino seguido y uniforme. No os aterren las máximas de la mas alta perfeccion, ni los consejos del Evangelio, tan conformes á la razon como contrarios á los sentidos y al amor propio: todo lo hallareis llano desde el punto que os pongais en camino; todo lo hallareis suave, todo fácil desde el punto que vengais á la ejecucion. No temais extraviaros, porque yo mismo seré vuestra guia, y enderezaré todos vuestros caminos; los que dan en desbarros son los que están fuera de la Iglesia: los senderos que siguen estos, los llevan á la perdicion. Se verán venir, añade el profeta, á la Iglesia del Salvador los pueblos mas apartados, vendrán del Septentrion, del Poniente y del Mediodia. ¿Quién no vé que todas estas expresiones hablan de la conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo? Cielos, alabad al Señor, exclama aqui el profeta; dé saltos de alegría la tierra, y los montes hagan resonar sus alabanzas, porque el Señor se ha compadecido de tantos pobres pueblos como se perdian, de los cuales quiere ser él mismo su consuelo, su salud, su salvador y su padre. Sin embargo, dijo Sion: El Señor se ha olvidado de mí. Estas eran las amorosas quejas que daban los judíos en su cautividad, y estas son tambien las que aun hoy dan algunos cristianos en sus aflicciones y en sus penas. Pero ninguna cosa es de mayor consuelo que la respuesta que Dios les da: ¿Por ventura una madre puede olvidarse de su hijo? ¿Puede no tener compasion del que llevó en sus entrañas? Pero aun cuando se hallase una madre tan cruel y tan bárbara que se olvidase de su propio hijo, ¿podria yo olvidarme jamas de vosotros? El Señor es el que habla de esta suerte. ¡Buen Dios! ¿Qué impresion no deben hacer estas palabras en el corazon! ¿Qué amor no deben inspirar para con un Dios tan bueno! ¿Qué confianza para que nos volviáramos á él y nos convirtáramos!

El Evangelio de este dia es una instruccion dogmática que el Salvador hace al pueblo y á los fariseos sobre su dividad; y una prueba la mas sensible del endurecimiento del pueblo y de los fariseos. El mal corazon de los judíos no impidió el que el Señor usase con ellos de mas benignidad, que ellos le habian mostrado de odio y envidia. Les descubre los grandes bienes que estaban en él y que venia á traer al mundo: Yo soy la luz del mundo, les dice; el que me sigue no anda en las tinieblas de la ignorancia, del error, de la infidelidad, del pecado. No hay otro que yo que alumbré y

sirva de guia en el camino del cielo. ¿Seréis tan insensatos que cerreis siempre los ojos á esta luz, la cual os conduce á la vida bienaventurada? Los fariseos escuchaban atentamente lo que el Salvador les decia; pero por mas que sus palabras salian de su boca llenas de uncion y de gracia, no tomaban gusto á las verdades eternas, porque lo que buscaban no era aprovecharse de su doctrina, sino criticarla.

¿Tú das testimonio de tí mismo? le dijeron: ¿se te debe creer sobre tu palabra? Aunque yo doy testimonio de mí mismo, respondió Jesus, mi testimonio es legítimo, y debe ser recibido; yo me conozco y no puedo dejar de conocerme; sé de donde he venido y á donde voy. Y así no puedo yo esperar un testimonio legítimo de quien soy, de vosotros que ni me conocéis, ni tampoco queréis conocerme. Solamente yo y mi Padre que me ha enviado, podemos dar este testimonio seguro é infalible. Yo os pruebo mi mision con mis acciones, con mi doctrina, con mis milagros, y vosotros no queréis creerme; mi Padre lo prueba con las profecías y con las santas Escrituras, y vosotros no queréis hacer la debida aplicacion de estos irrefragables testimonios. No juzgais de mí sino segun el hombre exterior, y así no podeis imaginaros que yo sea de una condicion superior á la que parezco. Como si dijera, dicen los Padres, la falsa idea que os habeis formado del Mesías que debe ser vuestro Salvador, hace que la oscuridad de mi nacimiento y la humildad de mi vida sean para vosotros un motivo de escándalo. Si os digo que soy Dios é Hijo de Dios, recibis esta verdad como una blasfemia; si confirmo la verdad de mis palabras con milagros, decis que los hago en nombre de Belzebú: en lo que se vé que vuestra pasion os ciega, y que vuestras preocupaciones os impiden el ver la luz y rendiros á la verdad. Ya sea que yo juzgue de los otros ó que dé testimonio de mí mismo, mis juicios no pueden ménos de ser justos, como que vienen de una sabiduría y de un conocimiento que no puede engañarse; fuera de que, yo no juzgo jamas solo, sino siempre con mi Padre, que me envió para que viva entre vosotros, para que os instruya y os salve. Ciertamente que mi palabra apoyada de su autoridad, merece bien ser creida; pues segun vuestra ley el testimonio de dos personas debe reputarse por verdadero y ser creido.

En ninguna otra ocasion hicieron los fariseos parecer mas visiblemente que en esta, su espíritu falaz y disimulado. Sabian muy bien que el Padre de que hablaba Jesucristo era su Padre Eterno,

Señor y Criador de todas las cosas: Jesucristo se los había dicho con bastante claridad muchas veces, y no hacía misterio de ello. Fingen no obstante ignorarlo, y le dicen que les enseñase donde estaba su Padre. Querían sacar de su boca, dice San Juan Crisóstomo, alguna cosa con que pudiesen hacerlo pasar en la estimación del pueblo por un blasfemo, á fin de desacreditarlo y perderlo. Pero como el Salvador conocía el fondo de su corazón y toda su malignidad, les respondió: Estais ciegos porque quereis estarlo, y así no me conocéis ni á mí ni á mi Padre. Si hubierais sido dóciles á mis instrucciones, hubierais conocido quién soy yo, y hubierais sabido al mismo tiempo quién es mi Padre; si hubierais querido rendiros á las pruebas que os he dado de mi divinidad, no buscariais á mi Padre sobre la tierra, hubierais conocido que está en el cielo. De esta suerte habló el Salvador en el átrio del tesoro, estando rodeado de una multitud de oyentes cuya mayor parte eran sus enemigos; los reprende con una libertad propia de su persona; les habla como Señor, sin reparar en que hablaba con unos hombres fieros y vengativos, de cuya malignidad había que temerle todo. Pero como no era llegada su hora, nadie osó poner en él las manos. No teniendo autoridad sobre él ninguna criatura, y debiendo entregarse él mismo voluntariamente á la muerte por la salvación de los hombres, no podía ser preso sino cuando quisiese. No siendo llegada la hora que Dios tenía señalada para los sufrimientos de su Hijo, sus enemigos no forman contra él sino vanos proyectos. Presigamos la obra de Dios sin inquietarnos sobre lo que puede sucedernos de parte de los hombres; en la inteligencia de que estos no tendrán para dañarnos, sino el tiempo y el poder que Dios querrá darles; y si gustare su Magestad exponernos por último á sus violencias, no es posible que se olvide entónces, ni de su bondad, ni de nuestra flaqueza. Este tiempo de prueba es la hora del justo; pero esta hora es muy corta. Este tiempo es muy breve, comparado con el tiempo de la recompensa, que no es otra que la eternidad.

La Epístola es del capítulo XLIX del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: En el tiempo de mi beneplácito otorgué tu petición, y en el día de la salvación te auxilié, y te conservé, y te constituí reconciliador de mi pueblo, á fin de que tú restaurases la tierra y entrases en posesion de las heredades devastadas: para que dijese á los que están encarcelados: Salid fuera; y á los que están

entre tinieblas: Venid á ver la luz. En los caminos hallarán con qué alimentarse, y en todas las llanuras habrá que comer para ellos. No padecerán hambre ni sed, ni el ardor del sol los ofenderá; porque aquel que usa de tanta misericordia para con ellos, los conducirá, y los llevará á beber en los manantiales de las aguas. Y haré caminos para transitar por todos mis montes, y mis sendas se convertirán en calzadas. Mira como vienen unos de remotos países, y otros desde el Septentrion y desde el mar, y estos otros desde las regiones del Mediodía. ¡O cielos! entoad himnos, y tú, ó tierra! regocíjate; resonad vosotros, ¡ó montes! en alabanzas; porque el Señor ha consolado á su pueblo, y se apiadará de sus pobres. Y dijo Sion: El Señor me ha abandonado, y se ha olvidado de mí el Señor. ¡Pues qué, puede la muger olvidarse de su niño, sin que tenga compasion del hijo de sus entrañas? Pero aun cuando ella pudiese olvidarle, yo nunca podré olvidarme de ti, dice el Señor Dios omnipotente.

El Evangelio es del capítulo VIII de San Juan.

En aquel tiempo: Habló Jesus á las turbas de los judíos, diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida. Replicáronle los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo, y tu testimonio no es idóneo. Respondióles Jesus: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fé: porque yo sé de donde soy venido, y adonde voy; pero vosotros no sabéis de donde vengo ni adonde voy. Vosotros juzgais segun la carne; pero yo no juzgo de nadie. Y cuando yo juzgo, mi juicio es idóneo: porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. En vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos personas es idóneo. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me ha enviado, da tambien testimonio de mí. Decíale á esto: ¿En dónde está tu Padre? Respondió Jesus: Ni me conocéis á mí, ni á mi Padre. Si me conociérais á mí, no dejariais de conocer á mi Padre. Estas cosas las dijo Jesus enseñando en el templo, en el átrio del tesoro; y nadie le prendió, porque aun no era llegada su hora.

MEDITACION.

Sobre que Jesucristo es la luz del mundo.

Considera que Jesucristo es la luz del mundo, como dijo su Magistad en el Evangelio de hoy, porque es la increada sabiduría, infinita y eterna, de donde nos viene toda luz de conocimiento en lo natural y en lo sobrenatural. Esta increada Sabiduría, que es el Verbo Divino, Hijo natural de Dios vivo, se dignó hacerse Hombre, para aparecer entre los hombres, y conversando con ellos, revelarles los misterios, enseñarles las verdades eternas, é instruirlos en todas las reglas de la moral mas pura y mas perfecta. De todos estos conocimientos habia entre los hombres algunos principios ó elementos, como los llama San Pablo; pero carecian de ellos en toda aquella plenitud, extension y perfeccion en que nosotros los tenemos por la revelacion que de ellos nos ha hecho el Hijo de Dios. De aquí es que en toda propiedad y verdad es Jesucristo la luz del mundo, porque no solo llenó y perfeccionó el conocimiento de que tenia principios el pueblo judío, como depositario de las sagradas Escrituras, sino que dispó completamente todas las tinieblas de la idolatría y del error en que estaban sumergidas todas las naciones del mundo, y hoy combate y disipa todos los errores de la heregía, del mahometismo, del judaismo y de todas las sectas; error con que el demonio quiere ofuscar á los hombres para que no les alumbré esta luz divina de verdad y de conocimiento. Mas no solo nos hace conocer esta luz el dogma divino, sino que nos alumbrá en la moral, para que siguiendo las reglas invariables de la virtud, no haya en nuestra conducta accion, palabra ó pensamiento que por la iniquidad ó la torpeza se haga tenebroso; sino que todo brille y resplandezca en nosotros, por la conformidad que diga nuestra conducta con aquellas leyes y reglas luminosas.

Considera que esta luz es incorruptible é indefectible, porque lo es el principio de que procede. Si la contemplamos en su origen, hallarémus que es incapaz de corromperse ó de faltar, porque esta Sabiduría es increada, es una persona divina de la adorable Trinidad, igual al Padre Eterno, consustancial á él, uno con él en la esencia, y de quien no se separa ni puede separarse en manera alguna. Si la contemplamos en la union hipostática del Verbo Divino con la naturaleza humana, hallarémus que no pudo ni puede

corromperse ni faltar, porque la sacrosanta humanidad de Cristo es incorruptible é indefectible, pues por la union hipostática fué traída al ser de Dios, y lo que el Verbo Divino una vez tomó, jamas lo deja ni lo dejará en toda la eternidad. Si la contemplamos en las palabras y en las obras de Cristo, hallarémus que es igualmente incorruptible é indefectible, porque Cristo en cuanto Dios es la misma sabiduría divina, y en cuanto hombre fué lleno en toda plenitud de cuanta ciencia y sabiduría puede darse, sin mezcla alguna de error ó de ignorancia. Así tambien hallarémus que lo es en la moral, porque Cristo en cuanto Dios es santo por esencia, y en en cuanto hombre fué santificado con la gracia sustancial de la union hipostática; gracia que le fué inmediatamente de la divinidad, y que lo hace impecable y santo por naturaleza. Finalmente, si la contemplamos en las mismas palabras y obras de Cristo transmitidas á nosotros, hallarémus que es asimismo incorruptible é indefectible esta luz soberana, porque se nos conserva en las Sagradas Escrituras dictadas por el Espíritu Santo, como es de fé, y porque la depositaria é intérprete de estas Sagradas Escrituras, es la santa Iglesia católica, apostólica, romana, de que es cabeza invisible el mismo Jesucristo, que está asistida del Espíritu Santo, y á quien se ha prometido por el mismo Hijo de Dios, que las puertas del infierno, esto es, del error y del pecado, no prevalecerán contra ella. Así es que esta luz divina es una luz incorruptible, y es la regla indefectible del bien obrar. ¡Oh, quiera el mismo Dios que nos alumbrá, que esta su luz divina no sea ofuscada en nuestros corazones por las tinieblas del error, ni por las sombras de la corrupción!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Para que tal desgracia no nos suceda, debemos proponer conservarnos ó reponernos en los principios puros é incorruptibles de nuestra fé y de nuestra moral, de tal modo, que no se dé en nosotros la mas mínima desconformidad, ni en lo que debemos creer, ni en lo que debemos obrar. Para conseguirlo, debemos instruirnos cuanto mas podamos en nuestra religion y en nuestra ley, haciendo de este estudio, no un asunto de curiosidad ó de mera instruccion especulativa, sino una materia de observancia y de práctico, que nos forme en la virtud haciéndonos poseer la ciencia de los Santos.

En asunto de tan suma importancia nos conviene no perdonar á precaucion alguna, contra el error y la corrupcion de costumbres. Y por tanto, debén estar muy léjos de nosotros los perniciosos libros, los folletos y toda clase de escritos en que se vierte el error de la heregía ó el veneno de la inmoralidad. Huyamos igualmente del trato y comunicacion con las personas contaminadas de uno ú otro mal, y pidamos al Señor nos establezca y sostenga en este santo propósito.

JACULATORIA.

Conócate á tí Señor, y conócame á mí, para que respaldezca en mí la luz de tu rostro.

LECCION.

Sobre el poco conocimiento que tenemos de Jesucristo.

La mayor y sola dicha que puede tener el hombre sobre la tierra es conocer á Jesucristo y amarle; pues este es el primer objeto para que fué criado el hombre, esto es, su único fin: pues aun en la otra vida no tiene otro sino el de perfeccionar este conocimiento con la vista intuitiva del mismo Dios y su amor intenso por toda la eternidad. Todo se acabará: los cielos pasarán, este firmamento desaparecerá, esperanza no habrá, la fé se apagará; pero la caridad permanecerá. Todo otro conocimiento sin el de Jesucristo es vano é inútil. La vida eterna, dijo el Salvador, hablando con su Padre, es conocerte á tí por el solo Dios verdadero, y á Jesucristo que enviaste al mundo. El Hijo de Dios, el consustancial al Padre, el primogénito de toda criatura, es el único principio, la sola fuente de toda nuestra felicidad. El apartarse de él es envolverse en la miseria, anegarse en el mar de todas las desgracias. Jesucristo es el solo camino que conduce á las moradas del empireo: es la verdad fuera de la cual todo es error, todo ilusion, todo mentira: es la vida, por último, que jamás ha de tener fin.

Es preciso conocer bien este camino para no dar en desbarrios y precipicios; es necesario vivir con la vida de Jesucristo, pues quien no tiene este principio de vida, quien no lo conoce, ya está muerto, ya está juzgado: no es mas que un fantasma que no tiene mas que una vida aparente, una vida que le conduce á una eterna y perpetua muerte. ¡Qué estado tan infeliz el de un cristiano que no cono-

ce esta verdad suprema, verdad infalible, verdad permanente, verdad eterna! ¡Qué triste y espantosa ceguedad el estar privado de este conocimiento! ¡Qué fatal destino no se les espera á todos esos fieles, que aunque criados en medio de los resplandores de la fé, teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen! ¡Será compatible conocer á Jesucristo y quebrantar tan frecuentemente y con tan poco temor sus mandamientos! ¡Menospreciar tan atrevidamente sus consejos y aun burlarse de sus máximas las mas santas! Las gentes del mundo, abandonadas á sus deseos criminales por lo comun, esclavas de sus pasiones las mas viles, animadas siempre del espíritu del siglo; esas personas tan poco ó nada cristianas, cuyas costumbres corrompidas son el oprobio de su religion, cuya conducta y cuyos perniciosos ejemplos son el escándalo de la Iglesia: esas personas que parece se avergüenzan del Evangelio, ¿conocerán á Jesucristo? ¡Esos que hacen profesion de devotos por sus intereses temporales, ¿harán honor á la religion que piensan profesar? Por último, esos mismos que están mas particularmente dedicados al servicio de Dios, que tratan de obsequiar sus mandamientos, ¿conocerán verdaderamente á Jesucristo, y todos serán conocidos por sus verdaderos discípulos? Los mas conocen á Jesucristo como lo conocieron los judíos, se admiraban de sus milagros, alababan su doctrina; pero no la seguían ni practicaban. El conocimiento que se debe tener de este divino Salvador, ha de ser un conocimiento práctico: la fé no ha de ser muerta, sino viva; y la fé sin obras no es viva: juzguemos, pues, por nuestras obras, y veamos si conocemos á Jesucristo ó no. ¿Qué dice nuestra conciencia? Ese juez que aunque sentencia sobre propia causa, nunca falta á la integridad: ese testigo que aunque doméstico no engaña, ¡ah! ¿cómo tememos su vista, cómo huimos de su presencia! No nos cansemos; por mas que digamos de memoria nuestro catecismo; por mas que expliquemos con las mejores y mas propias palabras los misterios de nuestra religion, si no practicamos sus máximas, si no conformamos nuestra vida con la de Jesucristo, nada somos, nada conocemos y nada gozaremos.

Si el humanado Hijo del Padre es tan poco conocido con aquel conocimiento práctico que es tan necesario para la salvacion, podemos decir con dolor, que este divino Hijo de María, no es mas amado de aquellos mismos que hacen profesion de conocerle. ¿Por dónde nos informaremos de esta verdad? Por la poca devocion sólida, fervorosa y ejemplar de la mayor parte de los cristianos. Es

verdad que hay almas santas que le sirven en espíritu y en verdad, y que perpetuarán en la Iglesia hasta la consumación de los siglos los mas grandes efectos de virtudes que hacen uno de sus mas bellos ornamentos; pero hablemos con claridad, ¿es muy grande el número de estos discípulos fieles? ¿Se encuentran muchas de estas almas puras que unidas á este Divino Legislador con los lazos mas sagrados, se abrasan sin cesar en aquel divino fuego que vino él mismo á encender sobre la tierra? Conocer á Jesucristo, entender hasta qué punto nos ha amado, saber lo que ha hecho y padecido por nosotros para darnos pruebas sensibles y nada equivocadas de su amor, como lo manifiesta á cada hora para ganar nuestro corazón en el adorable sacramento de la Eucaristía: conocer, digo, todas estas grandes verdades y no amar á Jesucristo, sino con un amor mediano, con un amor remiso, no tener sino indiferencia y aun frialdad por él, ¿no es una cosa incomprendible? ¿No deberemos concluir á la vista evidente de la carencia de amor, que tambien la hay de conocimiento? No hay duda: somos de aquellos necios que dicen que ven, y nada ven; que oyen, y nada entienden. Si el mérito, si la dignidad de las personas son motivos y títulos para amarlas; si los beneficios recibidos son derechos evidentes é incontestables para que nuestro corazón pegue el tributo de su reconocimiento á aquellos de quienes los hemos recibido: si la esperanza de nuevos beneficios empeña á todo hombre racional para que ame aquellos de quienes depende su fortuna y su felicidad, ¿ha habido jamas, se podrá encontrar alguna vez objeto mas digno de nuestro amor, y que sea acreedor á él por todos estos títulos como lo es Jesucristo? Este hombre, verdadero Hijo de María; este Dios en todo perfectamente igual á su Padre, es nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro Conservador y nuestro Glorificador. ¿Qué mas debía haber hecho para manifestarnos su amor? El nos amó ántes que nosotros fuésemos capaces de amarlo; él nos ha concedido lo que nosotros jamas hubiéramos sido capaces de pensar, ha hecho mas de lo que podíamos pedirle, mas de lo que podíamos imaginar. ¿Habrà razon para amarle tan poco? ¿Habrà justicia para no responderle? No hay duda: no se le conoce.

Mas no solo es acreedor á nuestro amor, respeto y veneración por estos títulos; lo es tambien por el de Juez Soberano, de quien depende nuestra suerte eterna, todos los bienes que tenemos, todos los que podemos esperar y conseguir. ¿Por qué, pues, es Jesucris-





Sábado de la 4.^a semana de cuaresma.



Domingo de Pasión.



Lunes de Pasión.



Martes de Pasión.

to tan poco amado? Sin duda porque no es conocido. El menor beneficio, la mas corta expresion de cariño, la mas pequeña oferta, un poco de afabilidad y de buen modo, excitan y arrebatan nuestro reconocimiento: solo el divino objeto, complacencia de los ángeles y bienaventurados, no puede ganar nuestro corazon. ¡Qué ingratitud! Todos los dias entregamos nuestro corazon á objetos indignos de él, y nunca pensamos consagrarlo al que solo es capaz de satisfacerlo. Somos duros, somos insensibles á sus amorosas sollicitaciones; por mas que nos lo pide, se lo réhusamos; por mas que nos ama, le despreciamos. ¡O injusticia! ¡O impiedad! Convergamos, pues, en que el conocer á Jesucristo sin amarlo, es no conocerlo; el verdadero conocimiento es inseparable del amor: siendo, pues, pocos los que lo aman, son sin duda pocos los que lo conocen; los que no lo conocen, no conocen á su Padre; los que no conocen á su Padre, morirán dos veces, conforme á la sentencia pronunciada en el paraíso. ¡Qué resultado tan funesto! ¡Qué muerte tan terrible la que sigue á la del cuerpo!

Domingo de Pasión.

Et domingo de Pasión ha sido siempre en la Iglesia uno de los mas solemnes y mas clásicos, por lo tocante al oficio, el que no cede jamas al de ninguna otra solemnidad. Como no hay en nuestra religion misterio que dé mas golpe, y donde el amor de Jesucristo para con nosotros se manifieste mas al vivo, tampoco hay otro que mas nos interese y que pida de nosotros un mas vivo reconocimiento, y un mas justo tributo de compasion, de imitacion, de ternura y amor.

Desde hoy empieza la Iglesia á ocuparnos, y á llenar nuestro espíritu de los preparativos de la muerte de Jesucristo, por la consideracion particular del misterio de su pasion, objeto que se propone en cuanto hace durante toda la cuaresma, pero singularmente en estos últimos quince dias; de suerte que puede decirse, que las cuatro primeras semanas de cuaresma están destinadas particularmente para llevar al pecador á hacer penitencia de sus pecados, y las dos últimas á hacerle honrar y venerar el misterio de la pasion del Salvador, por la participacion, por decirlo así, de sus penas y tormentos. Como este fué, con poca diferencia, el tiempo en que los pontí-